

LA PANDERETA



Passos 91

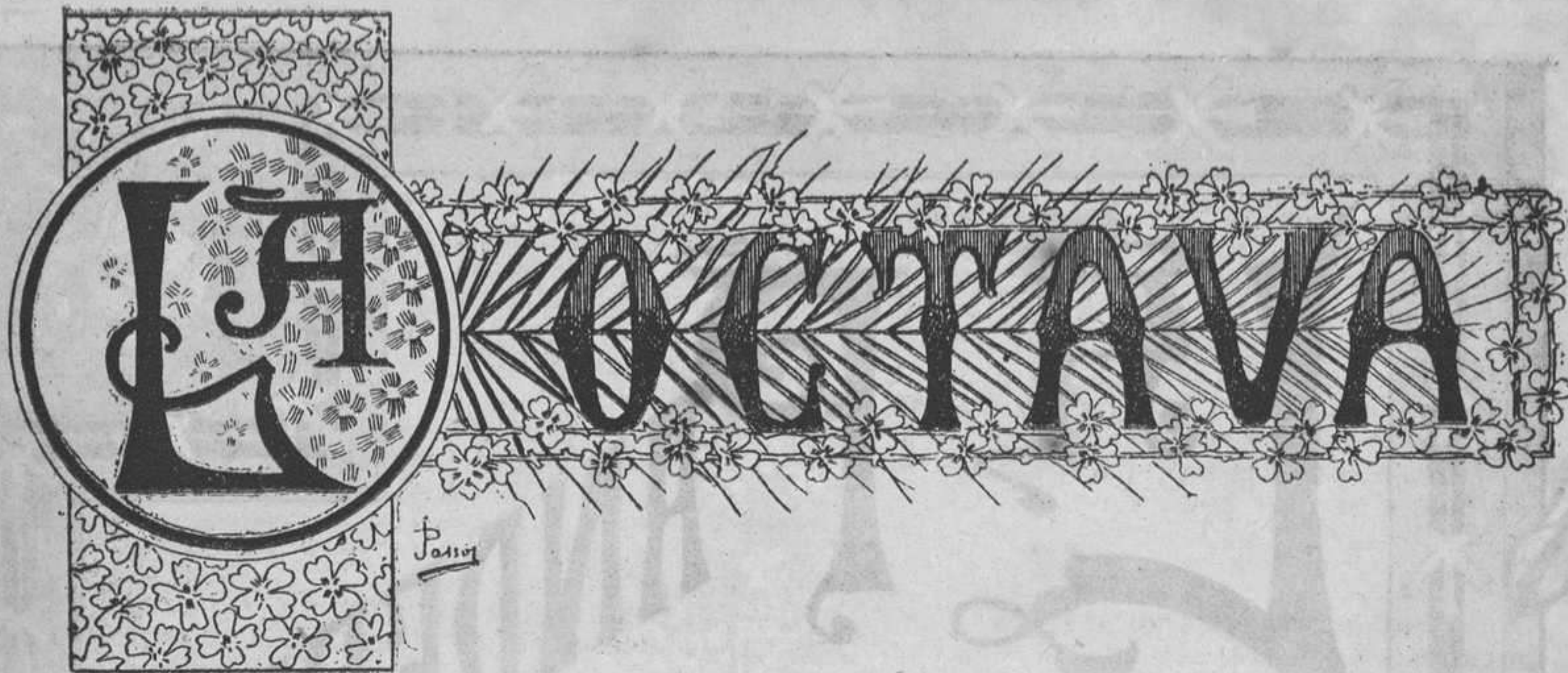
Núm. 2.

Barcelona 1.º Octubre de 1891.

Año 1.

10 CÉNTIMOS

10 CÉNTIMOS



LA OCUA



EMPEZAMOS estas revistas semanales bajo la dolorosa impresión que en todos los españoles han producido las desgracias ocasionadas por las pasadas recientes inundaciones.

Y aunque Consuegra y Almería son las víctimas que nos llenan de tristeza y de dolor, hay otra cosa que asimismo nos conmueve también en lo más profundo del alma.

Magnífico es el espectáculo que la Caridad nos ofrece; sublime el desprendimiento generoso de potentados y humildes; imponderable la abnegación de tantas Sociedades como se reúnen al objeto de presentarse en público á implorar una limosna para los huérfanos y los desvalidos; pero es tan triste, tan doloroso como la misma desgracia, porque lo es é inmensa, verse un Estado, un gobierno, impotente para socorrer por sí solo la ruina de sus nacionales, hasta el punto de casi obligar á los empleados oficiales á dejar un día de sueldo y á recomendar á sus delegados en el extranjero que recojan fondos para aquel objeto.

Y precisamente sucede esto, cuando á son de bombo y platillos se nos anuncia que van á armarse miles y miles de hombres, cuyo gasto representa casi lo que bastaría para cubrir las necesidades de las poblaciones inundadas. La esplendidez de los particulares contrasta con la pobreza del Estado, y da ocasión á la prensa extranjera, como la inglesa, por ejemplo, á echarnos en cara la imprevisión del gobierno, y á la alemana á mostrarnos una compasión y una simpatía que no podemos agradecer en las actuales circunstancias en que todas las naciones se preparan para una guerra.

Pero no nos metamos en honduras; no es de nuestra incumbencia averiguar si Alemania quiere hacernos su aliada, ni si Inglaterra nos amenaza: la pobreza del Estado nos impone el deber de ser agradecidos con los de fuera casa y eso es lo que los gobiernos deberían evitar, cuando vienen cataclismos como los que han pasado por Consuegra y Almería.

Evitarlo para ulteriores consecuencias.

*
**

Con lo que acabamos de decir, no criticamos la conducta de nadie.

Los particulares y las corporaciones son libres de practicar todas las virtudes, porque no hay nada más hermoso que la virtud, y estos días se presenta bajo todos los aspectos y todas las condiciones.

El cuerpo de bomberos, por ejemplo, ha realizado un acto digno de todo encomio.

Vestidos sus individuos de gala y acompañados de dos bandas, han recorrido las principales calles de la Ciudad, encaramándose por los balcones con las escaleras de mano y los garfios que emplean para los incendios en que se hacen necesarios tales instrumentos.

Quién no premiaba el peligro á que se exponían con un óbolo para los infelices de la provincia de Toledo? Nadie. Y en compensación ellos pagaban la generosidad de las señoras con lindos ramos de flores.

¡Bien por los bomberos barceloneses!

*
**

Los estudiantes, los Obreros, los Centros recreativos, las Sociedades Corales, las Empresas de espectáculos públicos, todos rivalizan en la noble tarea de allegar recursos para las víctimas de las inundaciones.

Nunca Barcelona se ha mostrado sorda á la voz de la Caridad, ni reacia en cooperar al alivio de las grandes catástrofes nacionales. Sus hijos jamás han escaseado sus intereses ni su sangre.

*
**

Otro grito de dolor se ha escapado de nuestros pechos apenas acababa de extinguirse el que á todos nos arrancaron los últimos sucesos.

El tren descendente de San Sebastián y el ascendente de Madrid han chocado en las inmediaciones de Búrgos.

El encuentro ha sido terrible y según las últimas noticias en el momento de escribir estas líneas, los muertos ascienden á 21 y los heridos á 13.

Pero esta vez los causantes de la desgracia no quedarán impunes; como que venían en los trenes personajes elevados, títulos y gente de alto copete.

Otra cosa sería si se tratase solamente de coches de *tercera*.

Pero la actividad para descubrir á los culpables y la energía para aplicarles el castigo, hace tiempo que deberían haberse empleado, que así se hubieran evitado algunos siniestros ferroviarios que han causado sinnúmero de víctimas.

A este paso, como cuando se viajaba en galera ó diligencia, al entrar en un vagon deberemos ir todos dispuestos y preparados para bien morir, porque un billete para el ferro-carril será equivalente á un pase para la eternidad.

*
* * *

Y voy á cerrar esta mi primera *Octava*. No me sería posible apartarme de la nota triste que tan mal cuadra con el título de este semanario, ya que los sucesos de los últimos días no permiten ser tratados de otra manera.

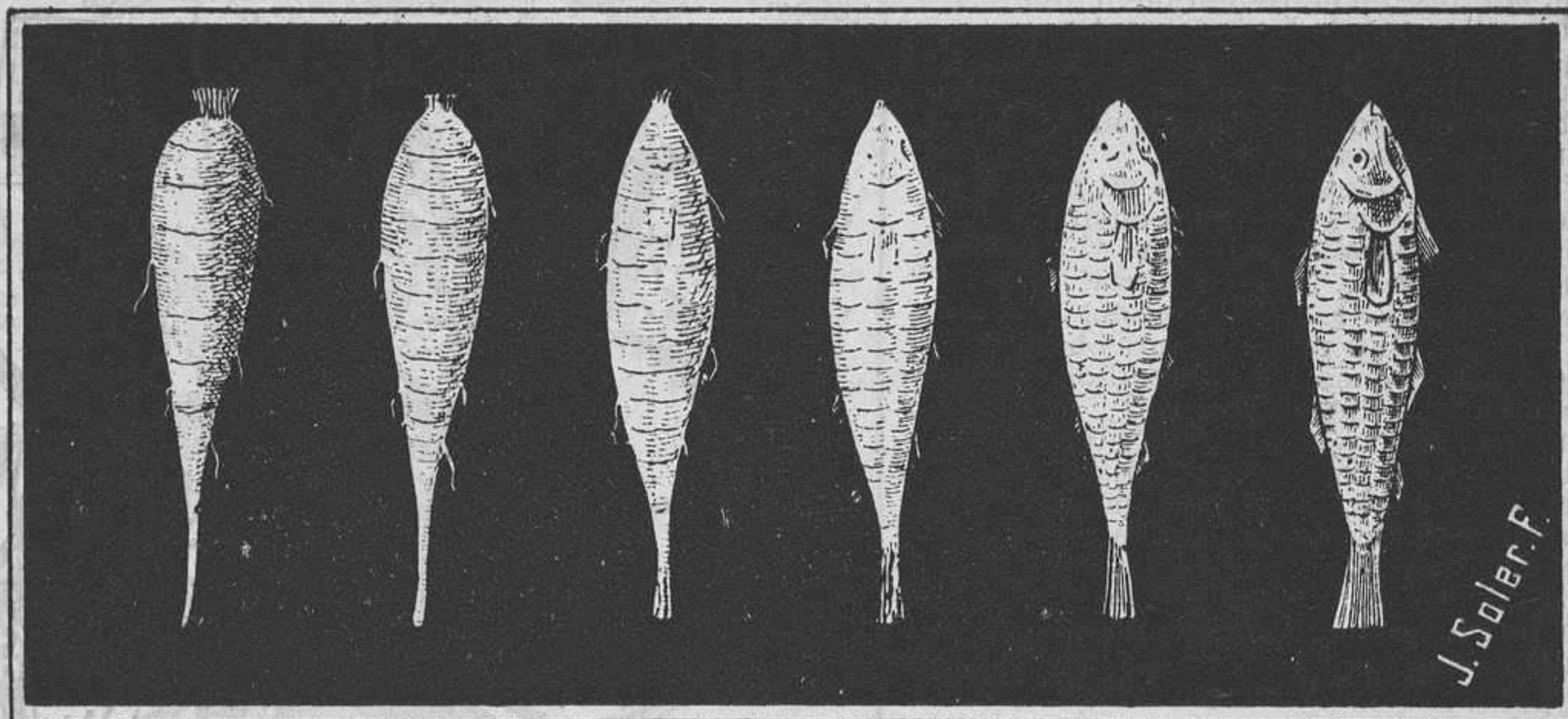
Quizá la próxima revista semanal podrá ser más alegre, más divertida, más juguetona, tal como me había propuesto fuese la que voy terminando, ante la perspectiva de hallarnos en plenas fiestas y ferias de Barcelona, pero ni estas han revestido importancia de ninguna clase, ni nadie se ha propuesto que la tuviesen. Han aparecido cuatro calles engalanadas con adornos de papel para diversión de los chiquillos del barrio, una docena de mesas llenas de objetos de quincalla y libros viejos en la Rambla de Santa Mónica y pare V. de contar.

Es decir, no ha habido ni fiestas ni ferias.

Y hasta parece que nadie se preocupa de ellas.

TOMÁS DE VILLANUEVA.

METAMORFOSIS



LO DE SIEMPRE

Un padre de familia, pobre empleado en no recuerdo ahora que Negociado, cuando ocurrió la crisis hace unos días y todo el mundo hablaba de cesantías, temiendo el pobrecito quedar cesante, esta carta al Ministro mandó al instante:

«Señor: Yo soy un hombre que no se mete á discutir los cambios de Gabinete. ¡Nunca he tenido ideas ni mucho menos! Para mí los Ministros todos son buenos. ¿Yo hablar de ciertas cosas? ¡Qué desatino! Me ocupo solamente de mi destino. Encuentro en el trabajo dicha completa y no leo más diarios que la *Gaceta*. Para ir á la oficina soy el primero y no salgo temprano porque no quiero. Y advierto á Su Excelencia que en ocasiones tuve con los porteros varias cuestiones; pues dicen que me paso las horas muertas trabajando, y no pueden cerrar las puertas. Yo no soy como algunos empleadillos que fuman en dos horas treinta pitillos; toman café, se asoman á la ventana; cogen después la pluma, si tienen gana; escriben dos renglones en todo el día con veinticinco faltas de ortografía; murmuran de los jefes y del Gobierno; arman unas cuestiones que es un infierno; manchan los expedientes de nicotina; salen antes de tiempo de la oficina, y siempre, al retirarse los señoritos, bajan por la escalera diciendo á gritos: —«¡Dos horas de oficina! Ya es demasiado! ¡En España se abusa del empleado!»—



Gran concierto musical, extraordinario, monstruoso,

Yo, señor, no me quejo; sólo le pido que al hacer el arreglo, no eche en olvido que trabajo las horas de reglamento; que cobro seis mil reales con el descuento; que tengo una familia muy numerosa: cuatro chicos, dos chicas, suegra y esposa; que todos, por desgracia, tienen buen diente; que los chiquillos comen bárbaramente; que aunque riña mi suegra, nunca me irrita, y eso que la señora me tiene frito; que las chicas no encuentran novio ni nada, y pasan una vida desesperada; y, en fin, y esto es lo grave, ¡que á mi parienta la tengo de ocho meses, según mi cuenta! Comprenda usía ahora lo que sería de mí sin el destino... ¡Virgen María! Las mujeres, de fijo, se vuelven locas.... ¿Qué voy á hacer, Dios mío, de tantas bocas? ¿Qué les doy á los nenes, los pobrecillos, que se comen al día diez panecillos? ¡Si usía no me ampara, si no me auxilia, tendrá al fin que ser pasto de la familia! Para endulzar lo triste de mi existencia, confío en las bondades de Su Excelencia. Adios, señor Ministro, viva mil años para envidia de todos, propios y extraños. Su siervo, que le besa donde le mande, humildísimo siempre

TIBURCIO BANDE.

Vió el Ministro la carta, y al otro día recibió don Tiburcio la cesantía. ¡Y la plaza de este hombre, bueno y honrado, se la dieron al niño de un diputado!

VITAL AZA



en que salen reventados desde el director al bombo.

JUANITO Y ENORIO



- Vamos á ver, Juanito, cómo se llama tu novia.
— ¡D. Cirilo! si yo no tengo novia...
— Vaya, no hagas el inocente. Si nada tiene de particular. ¿El amor es acaso una fruta tan amarga?
— Le juro á V. que...
— No me incomodes. Anda, dime cómo se llama.
— ¿Me da V. palabra de no decir nada?
— Palabra. Guardaré más reserva que mi abuela, que se murió hará cosa de 25 años.
— Pues bien: mis padres, como V. sabe, me tienen por un santo.
— Es verdad.
— No me dejan leer más novelas que aquellas que han leído ellos antes; me prohíben frecuentar los bailes, porque temen que me eche á perder; tienen el valor de decirme que de noche andan duendes y fantasmas por las calles arrastrando cadenas, despidiendo un olor á azufre y vomitando azuladas llamas por la boca; y en fin, quieren que viva en la más crasa ignorancia de las cosas de este mundo. Así es que al toque de oraciones me dan de cenar y ¡ca! á la cama. ¡Pues qué! ¿soy algún chiquillo?
— Eso está muy mal.
— ¡Pero muy mal! porque yo no soy tal santo.
— ¿No?
— No, señor; soy un diablo.
— Pues hay que desengañar á tus padres.
— ¡D. Cirilo! ¿no me ha dicho V. que guardaría secreto?
— Hombre ¡ya me olvidaba!
— Pues voy á contarle á V. de pé á pá mis aventuras. Mi primera novia era una marisabidilla completa.
— ¡Uy! detesto esas mujeres.

No hay manjar que cause más empacho
que la mujer transformada en marimacho.

— Era bajita, menudita, muy blanquita, y todo lo *ita* que se puede dar á una bonita. Se llamaba Estrella y era capaz de causar envidia á las estrellas que de noche brillan en la bóveda del firmamento. La declaración que le dirigí estaba concebida en estos términos: «Señorita: os amo: lo que más ansío en el mundo es que Dios santifique la pasión que os profeso.»

- ¡Vaya un laconismo singular! ¿y era juiciosa?
— ¡D. Cirilo! ¿acaso hay alguna mujer que sea juiciosa?
— Tienes razón; ¿y por qué la dejaste?
— Porque tenía un defecto.
— ¡Hombre! un defecto lo tiene cualquiera.

Decidme por favor, señor Quintero,
¿habrá quién no tenga en su existencia un *pero*?

- Cierto, pero el *idem* de esta chica era horrible, pues siempre estaba llorando como su madre, quiero decir, como una Magdalena.
— ¡Ah! se llamaba así su madre.
— Después, y de esto hace poco tiempo, hablé con una chica rubia y algo tísica.
— Que gusto tan particular,



— ¡Si V. la viera...! era un prodigio de bellezas!
 — Bueno; váyase lo uno por lo otro.
 — ¿A que no sabe V. por qué reñí con ella?
 — Lo supongo. Por una tontería.
 — Efectivamente. Porque un día la ví comer una cajita de obleas.
 — Tendría hambre.
 — No, señor; nada le faltaba en casa; pero era ella una especialidad. Mire V., una vez me pidió un pitillo.

— ¿Y se lo fumó?

— ¡Ca! se lo tragó con una facilidad asombrosa. Yo, que no quería apadrinar tales atrocidades, no volví más á su casa, y tanto ella como su mamá están contra mí que trinan. Aquí debo tener la carta que me dirigió...

— ¿La chica?

— No, señor; la suegra, digo mal, el ministro de la Gobernación.

— ¡Eh!

— ¡No se alarme V.! La llamo así porque todo lo quiere gobernar. Escuche V. ahora: «Caballero: Nos ha estrañado que no hubiese V. vuelto por casa, después de lo que pasó entre V. y la niña, quiero decir, de estar el vecindario enterado de las relaciones que sostenían. Si V. cree que lo vamos á comer por haber terminado el queso de bola (ya lo creo que era de bola porque se componía de grasa de perro) está en un error muy grande, pues personas más desinteresadas que nosotros no las hay en el mundo, ciertamente. Espero que á mi marido lo hagan Director general y si V. no vuelve á visitarnos tenga la seguridad de que irá entre dos civiles á Fer-

nando Póo.»

Ahora oiga V. la receta que yo le remití: «No pensaba contestar á V., porque las mujeres que se meten en camisas de veinte varas me inspiran terror y miedo; mas para que no se diga que el que calla otorga, le diré que aun cuando le hubiese consumido el queso de *bola* no debía echármelo en cara, porque bastantes pastillas de chocolate y terrones de azúcar le he metido en casa. Estoy dispuesto á casarme con Solita, siempre que sea un hecho que ese tío que tienen en la Habana la dote con los millones de que me tienen hablado. Mientras no me lo prueben palpablemente, aquí me tienen haciendo la corte á solteras, casadas y viudas para lo que gusten mandar. En cuanto á que así que nombren á su esposo Director general me echarán á presidio... creo que antes ha de dar peras el olmo, pues no se hace la miel para la boca del asno.» ¿Qué le parece á V. de esta carta?

— Magnífica.

— Hablé también con una chica lindísima llamada Remedios, que cumplió 18 años en el mes de las flores.

— Vamos, tus novias todas son bonitas.

— Ya lo creo: ¡yo nunca hice el amor á fealdades.

— Eres el diantre, hombre; ¿y tus padres nada sospechan...?

— ¡Qué han de sospechar!

— Pues hay que enterarles de...

— ¡Pero, D. Cirilo, no ha ofrecido V. guardar reserva!

— (Otra te pego y van dos.)

— Ahora hablo con una viuda guapa y muy rica. Es decir, hablo y no hablo.

— ¡Cómo!

— Verá V. Desde hace algunos días pasea su calle un viejo con el fin de acabarle con lo que tiene, y ella, que es una coqueta de las más locas, le hace caso, porque teme quedarse á la luna de Valencia.

— Y dices que es muy loca...

— Mucho. Su deseo es tener una porción de adoradores, aun cuando tenga que sacrificarse en sus intereses, porque, eso sí, á espléndida nadie le gana.

— ¡Diablo! esta mujer me conviene á mí. Ya sabes, Juanito, que estoy de mujeres hasta la coronilla, pero desde que me has hablado de la viudita, mi corazón está haciendo *tic-tac* como el péndulo de un reloj. Dime una cosa: ¿tienes verdadero interés por ella?





— Ninguno. Puede V. hacerle el amor en la seguridad de que será correspondido. Le advierto que es un soberbio jamón. ¡Qué hermosa debió ser! Conserva las huellas de su pasada belleza y el brillo y la expresión de la aurora de la vida, y tiene intacta todavía su frescura de joven. Es cuarentona, pero guapa.

— ¡Mejor! Yo amo las ruínas bellas.

— Esta mujer le conviene á V. mucho.

— En eso estaba pensando.

— Y ¿por qué no se declara V. á ella antes que otro se adelante?

— No me atrevo...

— El comer y el amar todo es empezar. Le aseguro á V. que le acepta.

— ¿Sí? ¿y cómo se llama?

— Candelaria.

— ¿Y dónde vive?

— En el Paseo de Santa Engracia.

— ¡Cielos! mi novia.

RAMIRO VIEIRA DURÁN.

¿POR QUE LA QUIERO?

Á la señorita Pepita Coscollá Botella.

Muchas veces soñando con su imágen
Pura y radiante cual la luz del sol,
Me he preguntado muchas, muchas veces

¿Por qué la quiero yo?

¿Es por su fresca y diminuta boca
Que las gracias modelan; y tal vez
Por lo mismo que ostenta su frescura
Causa ardorosa sed?

¿Es por su tez, cual la azucena, blanca
Que transparente como leve tul,
El gracioso trazado de sus venas
Y su celeste azul?

¿Es por las formas del redondo seno
Que oculta á mis deseos su pudor,
Y en oleaje trémulo revela
Un mundo de pasión?

¿Es por sus ojos, astros centelleantes,
Que á un tiempo mismo juntan en su sér
La luz de la mañana, y de la tarde
La triste languidez?

¿Es por su negro pelo, que abundante,
Derriba por los hombros su crespón
Como el tendido manto en que se envuelve
La Virgen del dolor?

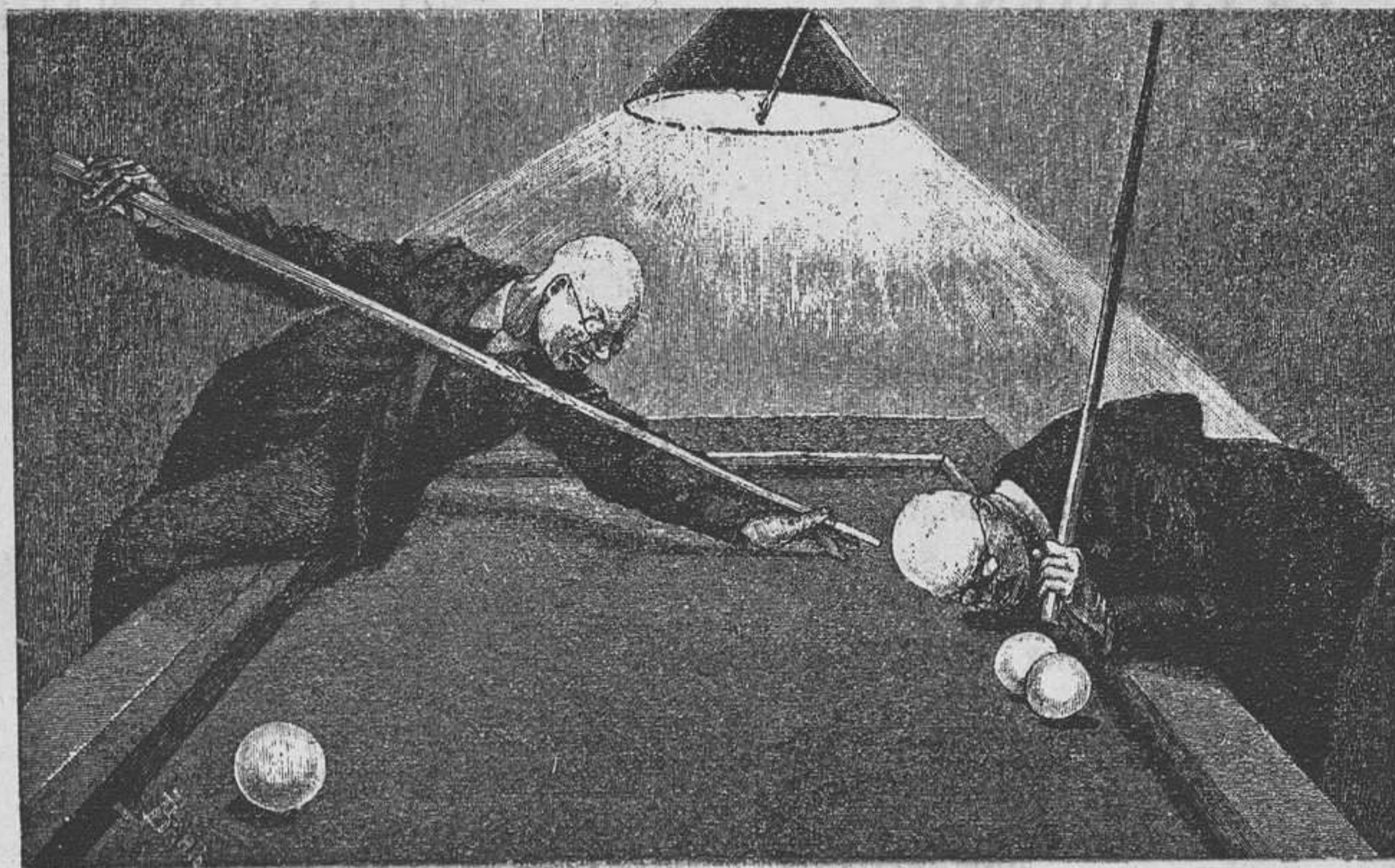
¡Ah! no: no la amo yo por su tez pura,
Ni por sus labios que tiñó el carmín,
Ni por la noble corrección que ostenta
Cual bello serafín.

Yo la adoro por algo que se oculta
De los sentidos á la infiel razón;
Por algo que es perfume y luz y ambiente
Del cielo del amor.

Por algo que cual sombra de un ensueño
No halla sér en mi propia voluntad;
Por algo que es un culto, y da á su imagen
Mi pecho por altar.

Por algo que si á impulsos de la vida
Roza lo material de la pasión
Como se apoya en su virtud angélica
Hace pensar en Dios.

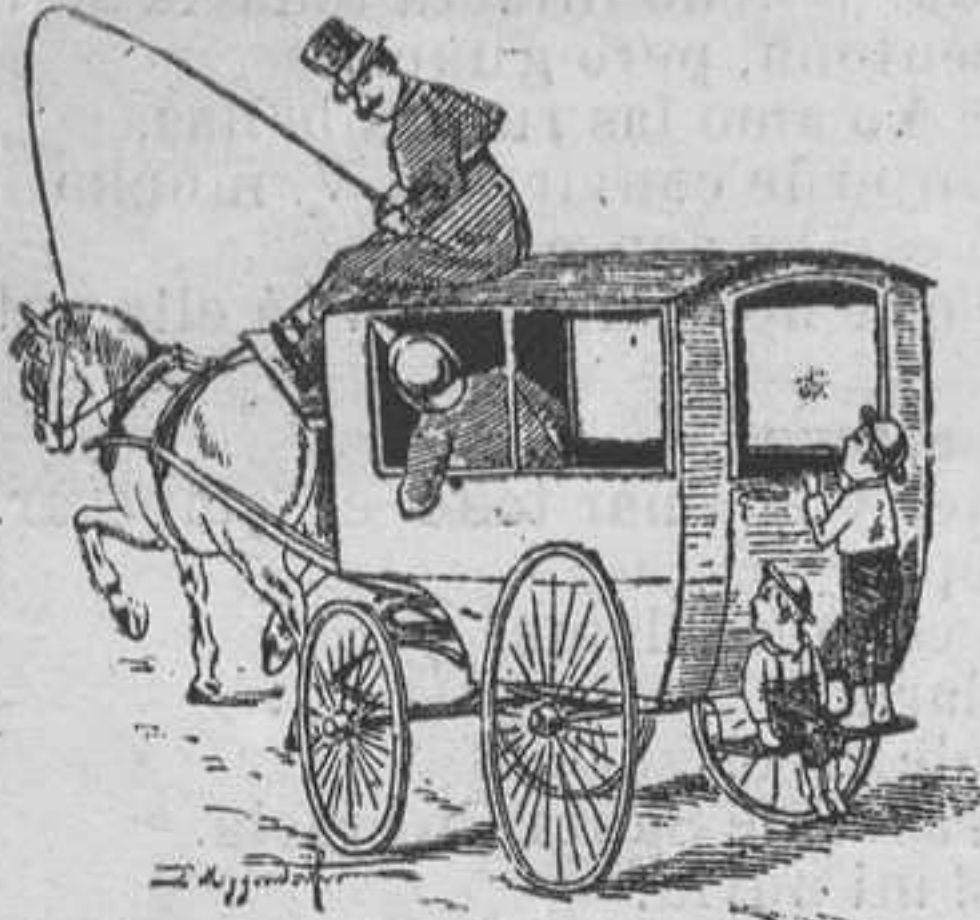
SANTIAGO SOLER SOLER.



Con tanta afición se entregan
al juego de carambolas

que hasta sus cráneos pelados
á veces toman por bolas,

EL BURLADOR BURLADO



1



2



3



4

LA CONCIENCIA

- Responde: ¿quién eres? —Yo.
 —¿De dónde sales? —De tí.
 —¿Quieres afligirme? —Sí.
 —¿Es que me aborreces? —No.
 —Déjame libre. —Jamás.
 —Nublas mi dicha. —Lo sé.
 —Tu voz me aterra. —¿Por qué...?
 —Huiré de tí. —No podrás.
 —¿Siempre me sigues? —En pos.
 —¿Dónde está tu imperio? —En mí.
 —¿En dónde vives? —En tí.
 —¿De dónde vienes? —De Dios.

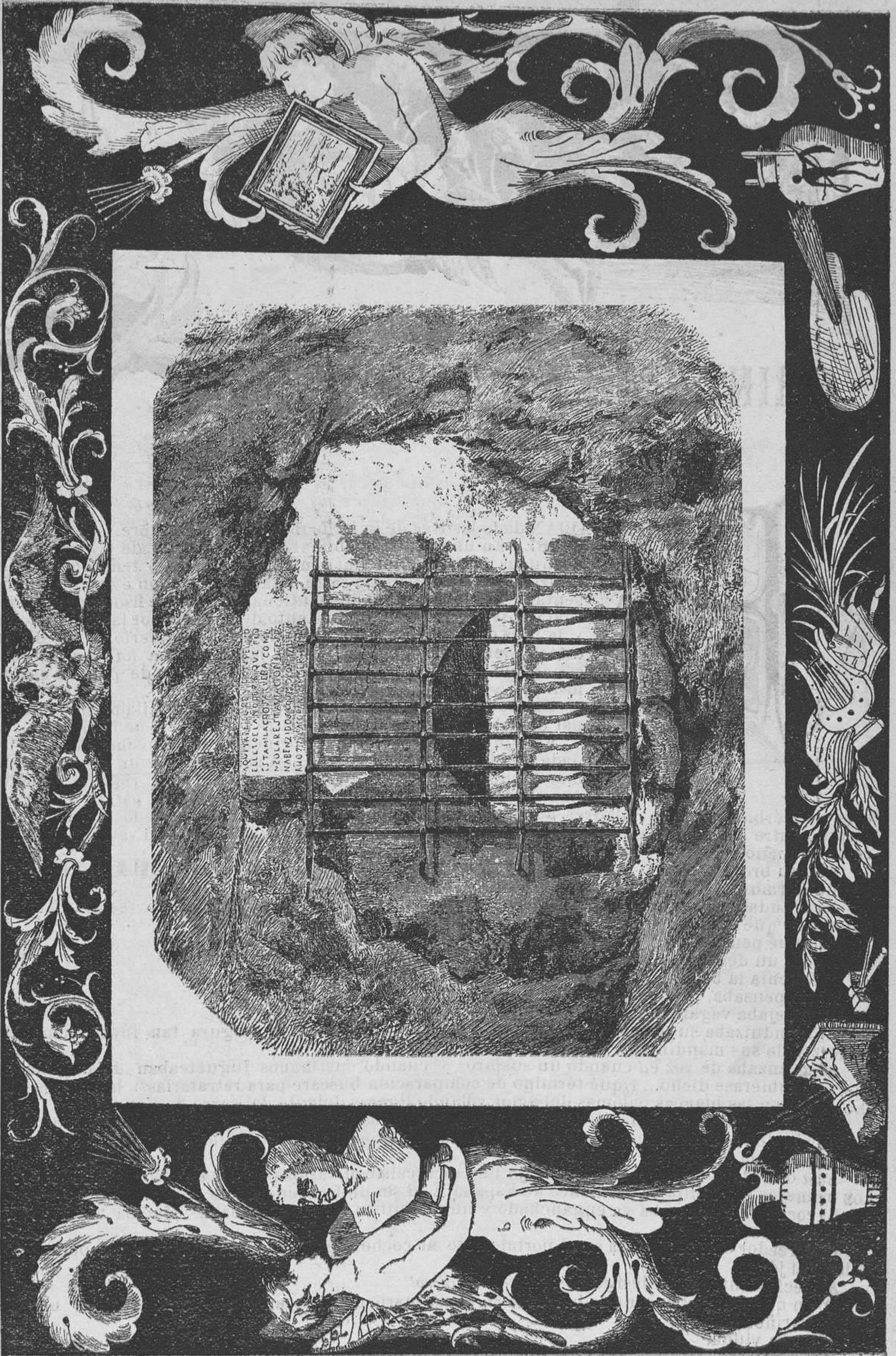
JOSE SELGAS

¡NO LLEVA NADA!

- ¡Señora, una limosna,
 Que hoy no he cenado,
 Que casi no he comido!
 —Perdone, hermano.
 —¡Señora, que mis hijos
 Se mueren de hambre!
 ¡Mi mujer está enferma!
 —Que Dios la ampare.
 —¡Deme una limosnita!
 ¡Por Dios hermana!
 —¡Qué pobre más pesado!
 ¡No llevo nada!

Y dos horas más tarde
 Dió en el teatro
 A la tiple ¡cien duros
 En un regalo!

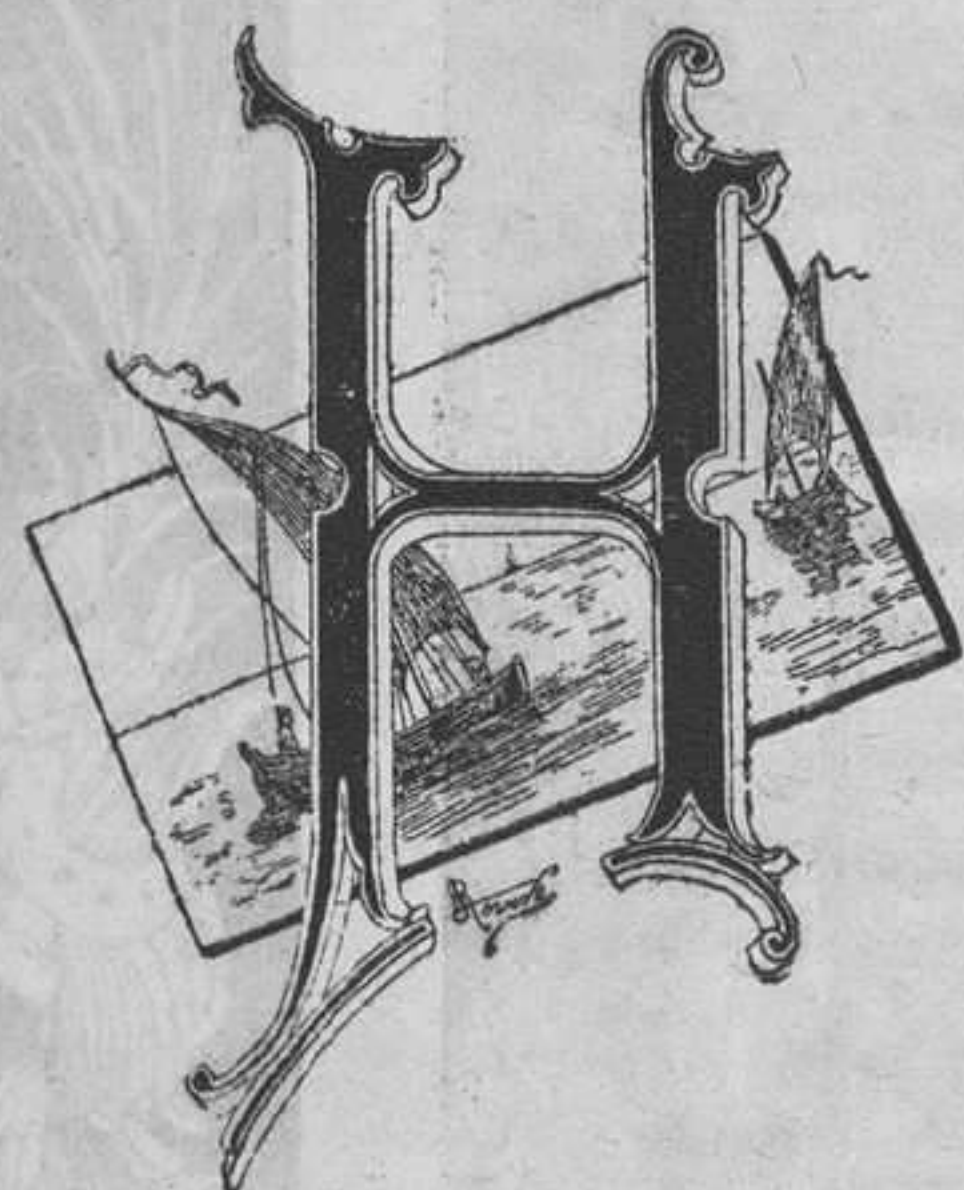
X.



Sepulcro de Pelayo en Covadonga



PRINCIPAL Y BUHARDILLA



ABIAN dado las tres de la tarde del día 15 de Octubre de 187... En una reducida buhardilla de la calle de Alcalá, cuyas desnudas paredes eran imagen de la miseria, y tendido sobre el lienzo de un desvencijado catre, á falta de colchon ó de silla donde sentarse, un jóven rubio de veinticuatro años, de fisonomía espiritual é inteligente, aunque un tanto demacrada por la extenuación y la falta de alimentos, no dormido, sino despierto, como deben estarlo siempre los que esperan á la caprichosa fortuna, mordía con incansable y ejemplar paciencia un pedazo de pan en estado fósil.

Una rata de prodigioso desarrollo, roía tranquilamente el único par de botas colocado al pié del catre y en medio de la habitación.

En aquella hora y en el piso principal de la misma casa, reclinada muellemente y en voluptuosa actitud sobre un confidente de blanda pluma, dentro de un *boudoir* decorado con riqueza y gusto, una elegantísima mujer, de veinte años, de tez pálida y negros

ojos, de mórbidas carnes y alegres ademanes, pellizcaba con sus aristocráticos dedos un bizcocho elegido entre los más tiernos que contenía una bandeja de plata colocada sobre un velador al alcance de su mano.

Con su breve zapatilla de terciopelo y oro, desprendida de su pié de niña, jugaba en la alfombra un hermoso gato.

Es indudable que aquellos dos seres habían nacido el uno para el otro, si no resulta falso el axioma de que el amor se forma con los contrastes.

¿En qué pensaban?

El era un desheredado de la sociedad.

Ella tenía la bondad de los elegidos de la fortuna.

El no pensaba, ¡tenía hambre!

Ella dejaba vagar su alma por el mundo del sentimiento.

Ella endulzaba su paladar, mientras que *él* comía su pan con amargura tan inútil como los esfuerzos de sus mandíbulas.

Ella lanzaba de vez en cuando un suspiro, y cuando sus manos jugueteaban delante de su cuerpo, hubiérase dicho... (¿qué término de comparación buscaré para retratarlas?) hubiérase dicho que eran las blancas palomas del amor volando ligeras delante del carro de Venus.

El bostezaba como todo individuo que está en ayunas, y mesábase los cabellos sin encontrar la resolución de los difíciles problemas que el estómago proponía á su bolsillo.

El no tenía chaleco ni dinero.

Ella ostentaba en un lado de su traje una escarcela con varios papeles de color y uno blanco. Los primeros eran billetes del Banco de España, y el segundo la cuenta de la modista.

El coche de *ella* estaba ya enganchado y un magnífico tronco de caballos piafaba animoso de pasear á su dueña.

El acreedor de *él* esperaba en el portal junto al coche, gruñendo sordamente y esperando la salida del jóven.

El decía á intervalos desiguales: ¡Necesito dinero!

¿Y en qué puede pensar una hermosa en el santuario de su tocador, sino en que tiene necesidad de cariño?

Ella era viuda.

El era soltero.

Ambos jóvenes.

ACTIVIA ALHADA
CULTURA Y DEPORTE

De pronto *ella* se levantó y tocó un timbre de plata.

Apareció una doncella.

—¡Que desenganchen! Ya *no quiero* salir.

Al mismo tiempo el jóven de la buhardilla se dió una palmada en la frente.

—¡*No puedo* salir todavía! Estará abajo ese usurero.

Pero cuando los caballos se encaminaron á la cuadra, el acreedor, cansado de esperar, salió desesperado.

Ella volvió á reclinarse en el divan y *él* se tendió de nuevo en el catre.

El gato tornó á jugar con la zapatilla y la rata continuó royendo las botas.

Ni *ella* ni *él* se conocían. Pero podían conocerse.

La casualidad es á veces providencia de las almas.

Ambos continuaban entregados á sus reflexiones.

Empezó á oscurecer.

Ella pensaba que en nuestro siglo es muy difícil colocar el corazón.

El en que era más difícil aún colocar á un cesante.

Como se ve, ambos coincidían casi en sus pensamientos.

Empezada la serie de coincidencias, no tuvo ya interrupción alguna.

Después de aquel silencio, el principal y la buhardilla resonaron con dos exclamaciones parecidas:

—¡Voy á buscarlo y lo encontraré, porque hay muchos! dijo *ella*.

—¡Voy á buscarla y la encontraré, aunque ya escaseen! dijo *él*.

—¿Qué pretendía encontrar aquella mujer? Lo sé y los lectores lo sabrán también.

Pero no anticipemos los sucesos.

El trataba indudablemente de buscarse una peseta.

La doncella vuelve á aparecer para calzar á la dama unas botas á la emperatriz.

Quedan vacantes las dos zapatillas, con gran regocijo del gato.

El jóven se puso las botas convertidas en polainas por su mañosa compañera de cuarto, perteneciente á la familia de los roedores.

La rata entristecida quedó en vacaciones.

El se dirigió á una desierta callejuela próxima ya á San Bernardino

Ella salió después, encaminándose al mismo punto.

Los dos iban á pié, uno detrás de otro.

¡Oh! ¡Por fin! dirá el lector.

Sí. Por fin iban á verse.

El se detuvo.

Ella se acercó.

—¡Este es mi hombre! exclamó *ella* examinando la miserable vestimenta del jóven.

Y extendió la mano hácia *él* y *él* hizo lo mismo hácia *ella* y se estrecharon las distancias.

Pero *ella* se alejó presurosa en cuanto las manos se juntaron.

Y *él* se quedó diciendo: ¡*Esta es!* y mirando con arrobamiento á la luz de un farol... una peseta.

Aquí termina la historia: *El* era la primera vez que pedía y *ella* la primera vez que dió limosna.

Pero ¿y no volvieron á encontrarse? ¿No se amaron? ¿No supieron nunca que vivían en la misma casa? ¿No se reunieron? ¿No hubo boda?

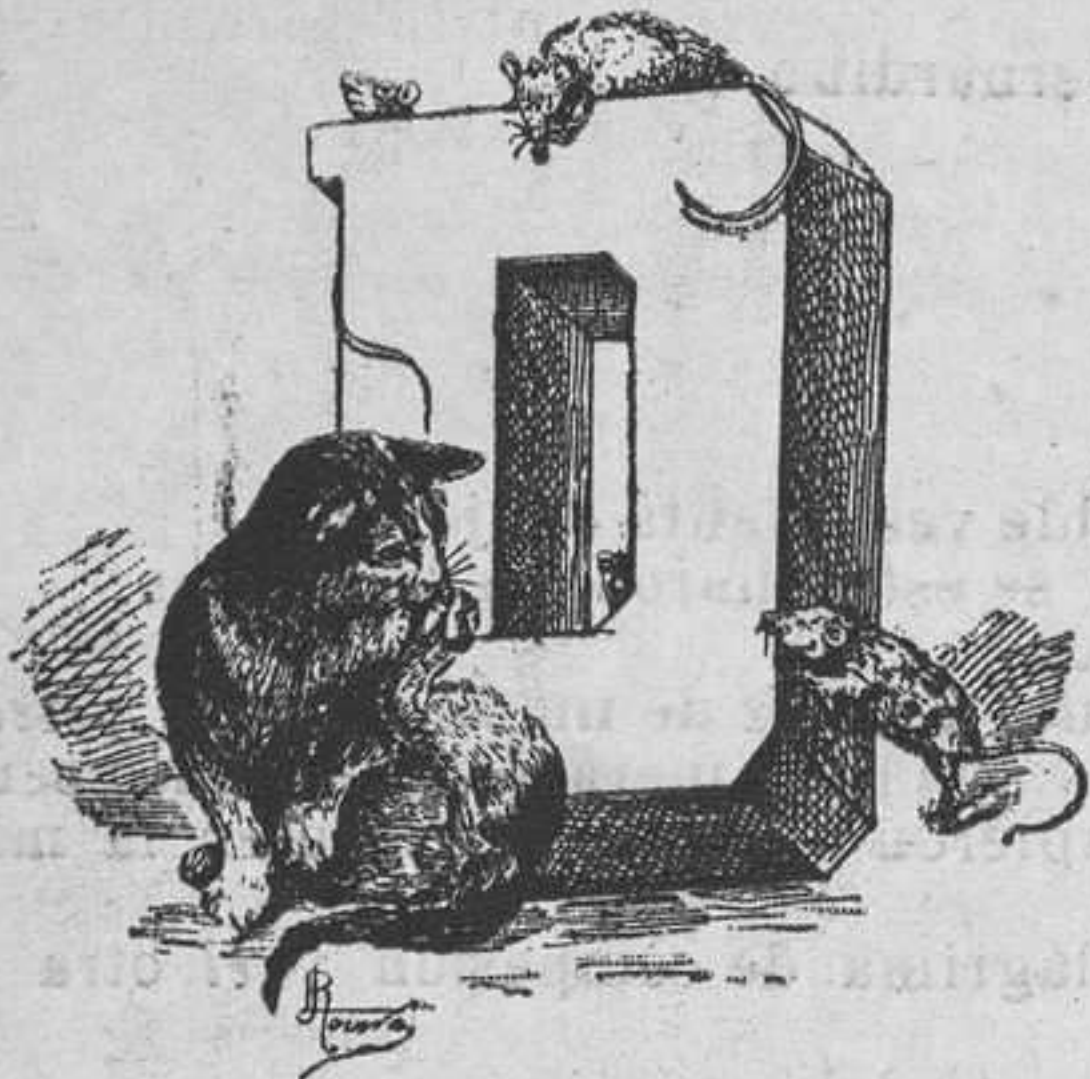
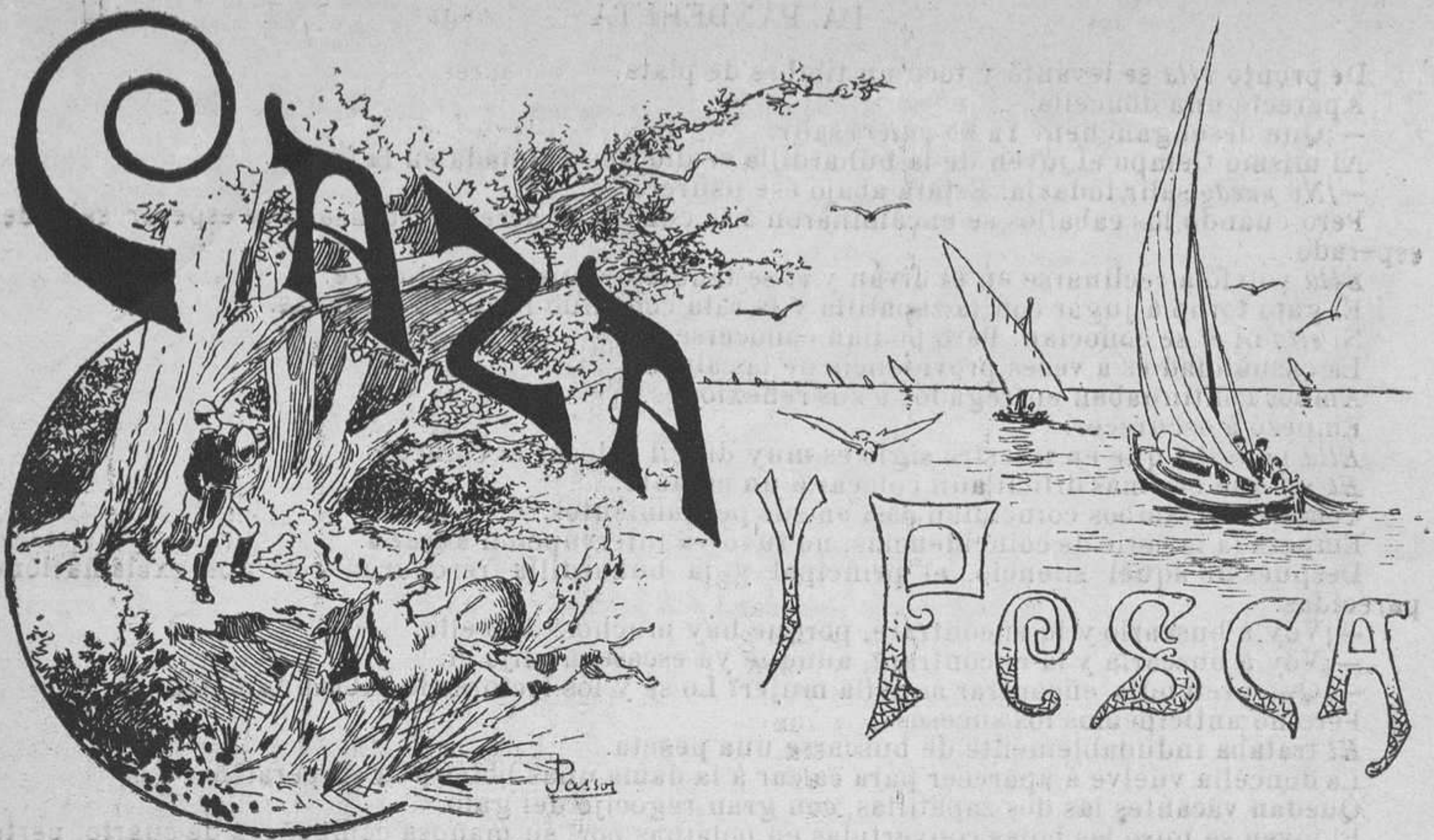
No, querido lector; pero fueron felices. *Ella* derramó una lágrima de compasión y *él* otra de agradecimiento.

Ambos lloraron con el llanto de estos dos amores, con el llanto del regocijo.

Dios ha puesto el placer tan cerca del dolor que muchas veces se llora de alegría.

EMILIO





¡CEN los cazadores y pescadores de *double*: ¡Maldita sea la veda!

Porque los verdaderos, los que desean lanzarse á todo vapor en pos de los placeres cinegéticos, dicen emocionados: ¡Bendita sea la veda! Respetemos la época de la procreación, porque así obtendremos más abundancia de caza y pesca en el transcurso del año.

Y así lo hacen, con beneplácito de los propietarios rurales, del gobierno y de las leyes establecidas.

Pero los otros, los que lo son de mentirijillas, no encuentran valla que los contenga, ni freno que los pare, ni ley que les obligue á desistir de sus propósitos.

Porque la caza y la pesca, son el pretexto con que encubren la mayor parte de ellos, sus intenciones y livianos deseos.

Así, por ejemplo, vemos que en el florido mes de Mayo, D. Patricio, antiguo empleado en el Ministerio de la Gobernación, llega á las cuatro de la tarde á su casa y dice á su esposa:

—¡Ea, Ruperta, prepárame el traje de caza, porque hemos organizado una expedición al Pardo y debemos partir dentro de una hora.

—¿Pero no estamos en tiempo de veda?, le contesta Ruperta con extrañeza.

—Para nosotros no hay veda nunca: por eso somos empleados del gobierno: replica Patricio enfáticamente y con cierta prosopopeya.

—¿Para hacer cumplir las leyes? objeta su esposa con ironía.

—Para hacer lo que nos dé la gana. Dame la maleta con el traje de caza dentro, y adios: hasta dentro de ocho días.

Y el bueno de D. Patricio, recoge los bártulos, sin olvidarse la escopeta y el zurrón, sale de casa, toma un coche de alquiler que le está aguardando en la puerta de la calle, llega á la estación del ferro-carril y toma dos billetes de primera clase para París: uno para él y otro para una bailarina del teatro Real que le está aguardando en la sala de espera.

Y á los ocho días vuelve á su casa y saca del zurrón una perdiz y un par de conejos que ha comprado en Hendaya.

Y los presenta á su esposa diciéndola:

—¡Ha sido una cacería famosa! He aquí los restos.

Y la confiada mujer toma las piezas y las enseña á los vecinos ponderándoles la habilidad que su esposo tiene para la caza.

Conoció á un pescador de afición, que todos los días del año á las seis de la tarde, salía de casa con su caña, su cesta y sus anzuelos y no regresaba hasta las siete de la mañana del día siguiente, y la mayor parte de las veces con la cesta vacía, y muy mal humorado.

¡Claro! ¡Cómo que en vez de dirigirse hácia el río, se internaba



en un garito donde se jugaba á los prohibidos! ¿Qué había de pescar? ¡Como no pescase una pulmonía!

Y para que su esposa no le recriminase por su desmedida afición á la pesca, las noches en que ganaba algunos cuartos, que eran las menos, al salir del garito pasaba por la pescadería y compraba algunas libras de pescado de varias clases y dimensiones.

Así le ocurrían siempre lances por el estilo:

—¡Mira, Gertrudis, que soberbia langosta se ha caído hoy!, decía ufano presentándola á su cara mitad.

—¿Y la has pescado tú con el anzuelo?, contestaba aquella.

—¿Pues quién había de ser? ¿Crees que siempre he de volver sin nada?

—¡Pero si en el río no se crían langostas!, replicaba Gertrudis.

—Se crían en la mar, que es lo mismo; y como todos los ríos desembocan en ella, este cetáceo se ha venido río arriba. ¿Y estas ostras, qué te parecen?

—¡Magníficas! ¿Y también vienen las ostras río arriba?

—No: estas son de un vivero que instaló en su propiedad el Conde de la Alcalchofa: como somos amigos y sé que las ostras te gustan tanto, le he pedido por favor que me dejase echar el anzuelo... y éstas son las que han picado.

—Pero yo creía que las ostras no se pescaban con anzuelo.

—Estas sí, porque son de vivero terrestre.

—¡Ah! ¡ya!

Y así tenía que ir disfrazando el pobre hombre las argucias que inventaba, para satisfacer á sus anchas la pasión del juego.

¡Y cuántos trapicheos, enredos y conjuras se encubren con el pretexto de la caza y de la pesca!

Porque así como hay hombres que lo utilizan para pasar las noches fuera de casa, hay mujeres que desean que sus esposos vayan siempre de caza ó de pesca, para dedicarse ellas á cazar ó á pescar lo que les hace falta.

Que también son las mujeres buenas pescadoras y buenas cazadoras.

Y cazan y pescan en todo tiempo, á despecho de las leyes y sin pagar la contribución correspondiente por el permiso, como los cazadores y pescadores furtivos.

Cuando niñas, cazan mariposas y langostas.

Cuando son jóvenes casaderas, un novio.

Es decir, lo cazan ó lo pescan, que para estos casos el hombre está considerado como animal anfibio.

Casadas, pescan los cuartos del marido.

Madres, un yerno ó una nuera para desahogar su mal humor.

Y viejas, no teniendo ya qué cazar ó pescar, se dedican á la caza nocturna que merodea por sus ropas interiores.

En fin, en este mundo todos cazamos ó pescamos: todos estamos deseosos de tender el anzuelo ó la red para coger lo que tenemos vedado: porque ya es sabido por demás que el pez grande se come al chico, y el que no se aventura no pasa la mar.

Lo malo es que nos aventuramos sin distinguir la caza y pesca lícita de la ilícita y muchas veces en vez de pescar salimos con que nos pescan, y por cazar quedamos cazados.

Cazadores se han visto que han cazado tres liebres de un solo tiro y han salido cazados por un chubasco en despoblado, originándoles un dolor reumático para toda la vida.

Pescadores hay de los más curtidos, que se dejan pescar con la mayor facilidad, tragándose el anzuelo que les presenta la primera pescadora con quien tropiezan.

Pero todo puede darse por bien empleado con tal de poder ejercer tan nobles profesiones.

Porque la caza ha sido, es y será en todo tiempo, el placer y la pasión favorita de los reyes y emperadores.

Y en cuanto á la pesca, debemos considerar solamente que S. Pedro fué pescador, y que si no se han dedicado muchos nobles á ejercer esta profesión, no ha sido por falta de voluntad, sino por el temor de mojar los pies.

La verdad es que las cacerías y pesquerías que se organizaban en otras épocas, valían mucho más que las tan cacareadas corridas de toros que se perpetran hoy día.

Yo no he visto ninguna: pero presumo que debía ser espectáculo curioso en las cacerías el que ofrecía la vista de tantos caballos con los palafreneros engalanados, y los halconeros y las traillas de los perros y el gallardo porte de los cazadores y la belleza y atavío de las damas, y el jabalí huyendo asustado por los acordes de las bocinas y saltando todos con estrépito valles y torrentes hasta cobrar la pieza jadeante y anegada en su propia sangre.

Aquello debía ser lo que se llama cazar de veras.

No como se caza hoy, que se disparan media libra de perdigones contra un pobre gilguerillo.

O se matan los conejos con ametralladoras.

Y se pescan las indefensas truchas con cargas de dinamita.

Pero los que obran así no pertenecen á las Asociaciones de caza y pesca, ni han ejercido nunca ninguna profesión de esas, ni merecen ser contados con los amantes de los placeres cinegéticos.

Esos son seres destinados exclusivamente á la destrucción de las especies.

Esos son también, cazadores y pescadores de *double*.

FERNANDO RODRIGUEZ MASDEU.





El éxito alcanzado por el primer número de LA PANDARETA, nos ha obligado á hacer una segunda tirada para cumplir los pedidos, algunos por segunda vez, que diariamente nos llegan de distintos puntos de la península.

Esto nos anima en nuestros propósitos y procuraremos corresponder al favor del público introduciendo cuantas mejoras sean posibles en nuestro semanario.

Se ha hecho acreedor á los más encomiásticos elogios el M. I. Sr. Arzobispo de Toledo por haber sido la primera persona que de su peculio particular socorrió con una fuerte suma á sus infelices feligreses, tan pronto como tuvo conocimiento de las desgracias de Consuegra.

Asimismo ha conmovido profundamente la abnegación de los Padres Franciscanos de aquella población, que se presentaron en los puntos de más peligro para socorrer y arrancar de la muerte á los que ante el ímpetu de la inundación no tenían fuerzas ni serenidad para salvarse.

Luego aquellos sublimes religiosos emprendieron la santa tarea de dar sepultura á los cadáveres, infundiendo con su ejemplo valor y decisión á los que ante lo inmenso de la desgracia tenían el ánimo sobrecojido por el dolor y la ruina propias.

Ante tales espectáculos que nos ofrecen esos hombres que á tan alto grado llevan sus sacrificios contrasta la pasividad de las sectas que hacen alarde de una humanidad que no se trasluce.

Dícese que el gobierno trata de premiar la noble conducta de los Padres Franciscanos con honores y distinciones, que ya se los han concedido el agradecimiento y la admiración en lo más profundo del corazón de sus conciudadanos.

Cuando aparecerá este número ya habrá abierto sus puertas el Teatro Catalán.

Por las listas publicadas de la Compañía y de las obras que la empresa tiene para estrenar, se desprende que la temporada teatral de 1891 á 1892, será notable en aquel coliseo.

Ojalá no salgan defraudadas las esperanzas de los que se preocupan por el esplendor de nuestro teatro regional.

El jefe de un cuerpo encuentra á uno de sus soldados borracho.

—Fulano, le dice, si vuelvo á encontrarlo beodo le impondré un severo castigo.

A los tres días volvió á verle en el mismo estado.

—¿No le dije á usted que le castigaría si lo hallaba otra vez bebido?

—Mi coronel, contestó el soldado, ¡si es la misma!

IMPROVISACIÓN.

Ambos trovas entonamos,
ambos corona ceñimos,
ambos sin soñar, soñamos,
ambos sin vivir, vivimos.

A tí las horas divinas,
¡á mí los cruentos dolores!..
Tú la corona de flores,
yo la corona de espinas.

V. B.

—¿Con que has abandonado el periodismo?

—Sí, chico; hace tiempo que me dedico al comercio.

—¿De libros?

—No; de muebles. Por ahora llevo vendidos todos los de mi casa.

TORRIJAS DE MANZANAS

Después de mondadas y quitadas las pepitas, se dividen las manzanas en cuatro pedazos cada una y se ponen durante tres horas en una vasija nueva con aguardiente hasta que las cubra, una cucharada de azúcar por cada dos manzanas, una cáscara de limón y una cucharada de agua de azahar.

Entre tanto, se hace una pasta de harina, agua, manteca y huevos batidos: se sacan las manzanas, se reboza cada trozo con esta pasta, y se frien con manteca hasta que toman un color rojizo; se cubren después de azúcar, y se doran pasándoles por encima una paleta hecha áscua.

Este plato de postres se sirve generalmente en los almuerzos, y es de un sabor exquisito y de una gran delicadeza.



EPIGRAMA

Preguntóme ayer bufando
el *politicastró* Illescas:
—¿Trae V. noticias frescas?
Y dije:—Sí, está nevando.

PRUEBAS DE PACIENCIA.—Un obrero parisien acaba de hacer uno de esos trabajos que revelan la paciencia más extremada y que supera en su género á cuanto se pudiera imaginar.

Este obrero ha conseguido atravesar un cabello en toda su longitud, pasando por él un hilo de seda. Esto, que á primera vista parece la cosa más extraordinaria, no tiene nada de particular, comparado con lo que ha hecho después.

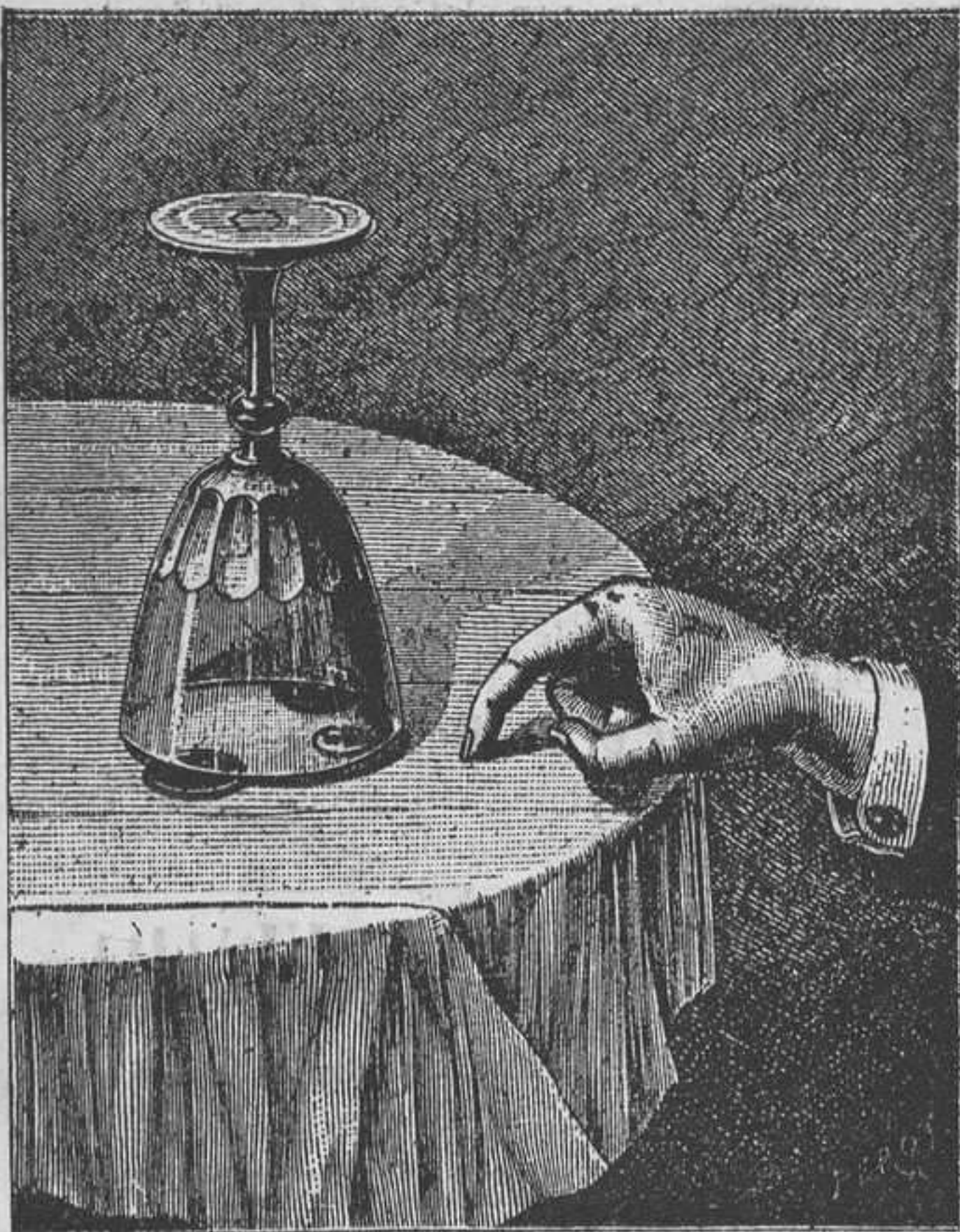
Animado por el éxito de ese trabajo, ha acertado á introducir en otro cabello un tubo de *cautchouc*, de dos milímetros de diámetro. Y no contento con este resultado, ha pasado por un tercer cabello otro tubo de ocho milímetros.

He aquí una cosa que traspasa los límites de lo verosímil y que, sin embargo, se ha verificado, gracias á la sin igual paciencia del cachazudo francés.

CHARADA, por Cerezal

Prima pronombre; *segunda* figura mucho en la escala, (1) *tercera* contestación que á cualquiera desengaña, y el *todo* sin ser lancero casi siempre lleva lanza.

MANERA DE HACER ANDAR Á UNA MONEDA



Colóquese media peseta sobre una mesa cubierta con un mantel ó servilleta, y cúbrase la moneda con un vaso invertido, de manera que el borde de éste no descansa sobre el mantel, y sí sobre otras dos monedas de diez céntimos, como se ve en el grabado. Entonces puede proponerse á todos los presentes el si-

(1) Musical, se entiende.

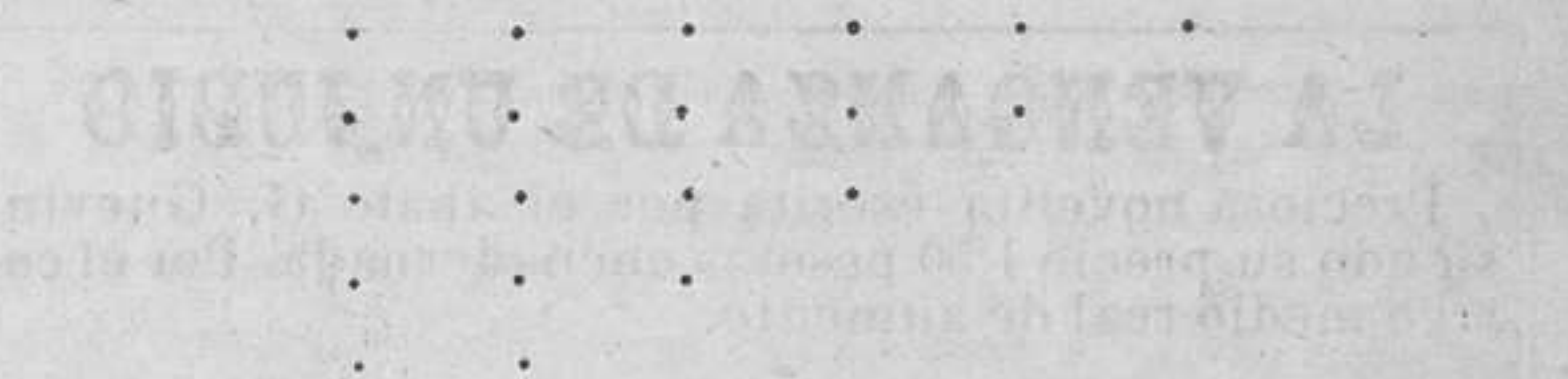
guiente problema: sacar la media peseta de debajo del vaso sin tocarla y sin empujarla con nada por ninguna parte. Para resolver este problema basta rascar el mantel, cerca del vaso, con la uña del índice; la elasticidad del tejido comunica el movimiento á la media peseta, y, en virtud de su inercia, la moneda avanza poco á poco, aproximándose al dedo que rasca en el mantel, hasta salir por completo del recinto donde estaba encerrada debajo del vaso.

FRASE HECHA.



—¿Dices que mis versos son pesados?
—Como plomo.
—Sin embargo, yo los hago con el número de piés que establece la retórica.
—Sí, pero son unos piés que no se mueven.

TRIANGULO



Sustitúyense los puntos por letras que leídas vertical y horizontalmente den por resultado 1.º Nombre de mujer. 2.º Ruin. 3.º Masculino. 4.º Mineral. 5.º Negación y 6.º vocal.

Un chico, en una comida que sus padres daban, se puso á lamer el plato después de haberse comido el dulce que le habían puesto.

—Pero, Luis, que te pego; no hagas esas cochinas.
—Pues tú bien las haces cuando no hay nadie delante.

SOLUCIONES

á lo insertado en el número anterior

CHARADA: Salero.
FRASE HECHA: Asirse de un cabello.
JEROGLIFICO: La pandereta en manos ligeras quita pesares y alivia penas.

LA MARGARITA EN LOECHES

Antibiliosa, antiherpético, anties-
crofulosa,
antisifilítico y reconstituyente

Según la *Perla de San Carlos*,
Dr. D. Rafael Martínez Molina, con
esta agua se tiene la salud a do-
micilio.

En el último año se han vendido
más de cuatro millones de purgas

La clínica es la gran piedra de
toque en las aguas minerales, y
ésta cuenta 42 años de uso gene-
ral y con grandes resultados para
las enfermedades que expresa la
etiqueta.

DEPÓSITO ENTRAL:

Jardines, n.º 13, bajo, derecha,
MADRID

Y se venden también
en todas las farmacias y droguerías

LA PANDERETA

SEMANARIO LITERARIO Y FESTIVO

ilustrado con profusión de dibujos

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA	CUBA Y PUERTO-RICO	REPÚBLICAS AMERI- CANAS
Un semestre. 2'60 pts	Un semestre. . 3 pts.	Un semestre. . 4 pts.
Un año. . . 5'20 »	Un año. . . . 6 »	Un año. . . . 8 »

Número suelto: 10 CÉNTIMOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Librería de Montserrat, de Juan Roca y Bros,

Calle Jaime I, 13.—BARCELONA.

LOS ANUNCIOS A PRECIOS CONVENCIONALES

CUADROS AL FRESCO

por León Abadías y Santolaria.

Forman un regular tomito, con una bonita cubier-
ta, siendo su precio 0'50 ptas. ejemplar. Los pedidos á
su Autor, Jardines de la Agricultura, 8, Córdoba.

LA HUÉRFANA DE LEPANTO

Esta novelita, de la que se han hecho innumerables
ediciones, véndese á 1 peseta. Por el correo medio real
de aumento.

LA VENGANZA DE UN JUDIO

Preciosa novelita escrita por el abate G. Guevin
siendo su precio 1'50 pesetas encuadernada. Por el co-
rreo medio real de aumento.

EL CAMAGÜEY

*Viajes pintorescos por el interior de Cuba y por sus
costas con descripciones del país.*

Obra literaria á la par que moral sumamente útil á
la juventud, é interesante para todos los amantes de
la reina de las Antillas

POR EL

P. Antonio Perpiñá, escolapio.

Véndese á 4'50 ptas. rústica, 6 ptas tela, 6'50 ptas
pasta. Por correo 0'75 cénts. de aumento.

UNA PROFESORA en bordados
de todas clases se ofrece á dar lec-
ciones á domicilio. Darán razón en la
Administración de este periódico.

Todas estas obritas hállanse de venta en nuestra Administración

Jaime I, 13.—Barcelona.

DICCIONARIO GENERAL

DE LA

LENGUA CASTELLANA

por Don Lorenzo Campano

Forma un abultado volumen, siendo su precio
5 ptas. y se enviará por el Correo certificado.

PLANO DE BARCELONA

El más completo de todos los publicados. Vénde-
se á 1'50 ptas. Por el Correo 0'25 ptas. de aumento

MANUAL COMPLETO DEL SISTEMA MÉTRICO

por D. PABLO PLANAS, Abogado.

Esta obrita de suma utilidad, véndese á 1 peseta.

HISTORIA

DEL ZAPATERO BANDARRA

por el Dr. Refilando

Novela de costumbres. Su precio 1 pta. Por el
Correo 0'25 ptas. de aumento.

LA VIUDA IMPROVISADA

Comedia para niñas. Su precio 0'50 ptas. Franco
de portes por el Correo.

EN LA IMPRENTA de este pe-
riódico, Jaime I, 13, se verifican
toda clase de impresiones con per-
fección y economía.